

Envidia

Mijail Malishev

Quien se resiste a ver la grandeza de un hombre, acechando lo que de bajo y superficial existe en él, se traiciona a sí mismo.

FRIEDRICH NIETZSCHE

En todos los tiempos el hombre ha anhelado y parece que anhelará ser más noble, más perfecto, más hermoso, obtener éxitos y gloria. Normalmente, para conocernos mejor nos referimos a los otros, a su inteligencia, belleza, virtudes y logros. La autoevaluación presupone comparaciones con personas que admiramos, con quienes nos identificamos y quienes dan pautas a nuestras aspiraciones e ideales, instalándose en la profundidad de nuestro ser. En tanto los valores y logros de estas personas significativas nos parezcan alcanzables experimentamos un sentimiento de satisfacción, pero cuando la distancia entre ellos y nosotros aumenta, a veces nos sentimos menoscabados o frustrados. La envidia es un sentimiento que se arraiga en nuestras metas y sueños más profundos, pero el modo por el que se expresan es deformado. La envidia es el resultado de un deseo frustrado que se engendra no tanto por la insatisfacción de las aspiraciones sino por la indignación contra aquél quien alcanzó el éxito. Según Alberoni, “la clave de la envidia es no el deseo de algo concreto, sino el carácter insoportable de una diferencia. Una diferencia de ser. Sufro por una carencia de ser, una carencia evocada por la pre-

sencia del otro. Es no el deseo del otro, sino la superioridad del otro, el valor del otro, lo que mueve la envidia[...] El envidioso adora el valor, adora la cantidad de ser que percibe en el otro y no en sí mismo. En la envidia hay una experiencia metafísica de la propia inconsistencia en relación con la consistencia de los demás que parece resaltar casi como una divinidad frente a nosotros”.¹

La envidia tiene su origen en un sentimiento de impotencia que se opone a la aspiración hacia un bien o una perfección, por el mero hecho de que otro los posea. Este malestar anímico surge cuando el hombre se da cuenta de haber sido superado por alguien que, según su opinión, está a su mismo nivel. Es una especie de mecanismo de defensa egoísta que el individuo utiliza cuando, al sentir su inferioridad, se compara con aquel quien obtuvo el éxito. Es un falso intento de restaurar su propio respeto, pero no por medio de la emulación o competencia honesta, sino por el rebajamiento o denigración de los méritos reales del otro. Es un engaño estimativo en cuya base se encuentra el resentimiento. El resentido odia a los más dichosos, más hermosos o más talentosos que él, odia porque es débil, inculto, poco hábil o hasta perezoso. La envidia engendra un deseo rencoroso de fracaso para aquel quien obtuvo el éxito. Es una especie de agresividad oculta que envenena la vida tanto del objeto como del sujeto de la envidia. Se puede decir que la envidia lleva en sí un veneno de

Mijail Malishev. Doctor en Filosofía. Autor de, entre otros títulos, *Antología de la filosofía política* y *Entre vivencias e ideales*. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I. Actualmente es profesor/investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM.

resentimiento que se dirige contra el mismo ser del otro que logró el éxito. Según la expresión atinada de Max Scheler, “la envidia murmura... continuamente: “Puedo perdonártelo todo, menos que seas y que seas el ser que eres: menos que yo no sea y que tú eres, que “yo” no sea “tú”.²

Si la vergüenza es una especie de ira que uno experimenta contra sí mismo, la envidia, contrariamente, es un rencor dirigido contra el otro, es un falso intento de disminuir el valor del otro, desacreditar su imagen y, de esta manera perversa, tratar de recuperar la propia autoestima. Ser envidioso implica sentirse ofendido, experimentar secretamente un sentimiento de ser víctima de una persona cuya “única culpa” consiste en ser mejor o en poseer más que el envidioso. La mera posesión por el envidiado de los bienes o cualidades ansiados por el envidioso le parece a éste un atentado contra su autoestima, una sustracción de los valores que él posee.

El mero deseo de poseer los objetos o cualidades que tiene el otro todavía no es envidia, si uno tiene la posibilidad de adquirirlos o desarrollarlos por su afán, destreza o laboriosidad. La envidia es un intento fracasado de alcanzar dichos bienes o cualidades por la vía de competencia honesta que corroe y envenena el alma tenebrosa del pobre diablo.

Según Carlos Gurméndez, “la envidia es una pasión atormentada por la dualidad: odia con violencia, desea suprimir al otro y al mismo tiempo se preocupa, vela por él, no puede vivir si su presencia[...] El verdadero envidioso quiere conservar al envidiado porque representa una imagen de lo que él aspira a ser. Por ello, aunque intenta privarle de sus cualidades y bienes, no es para destruirlo”.³ Según nuestra opinión, esta afirmación no es del todo cierta, pues la envidia no es sólo un mecanismo de defensa contra la impotencia, puede llegar a ser una autointoxicación rencorosa y maligna y engendrar un impulso de venganza, como es el caso de Abel y Caín o, según Pushkin, de Mozart y Salieri.

Desde luego, el envidioso rara vez agrede, insulta o mata con una clara conciencia de que el móvil que le empuja a cometer estos actos bochornosos sea una obsesión envidiosa. Sus ataques contra el envidiado siempre están disfrazados. “Es una puesta en escena mentirosa, continua, prolongada, que utiliza todo tipo de recursos intelectuales y astutos. Es lo que hace Iago con Otelo”.⁴ Es verdad que Iago no mató a Otelo ni a Desdémona, pero, como autor intelectual de la intriga abominable, inspirada por la envidia a su jefe, lleva toda la responsabilidad moral y jurídica de la muerte de los protagonistas de la tragedia de Shakespeare.

Como cualquier otro sentimiento, la envidia incluye una gama de matices emocionales y sin embargo, sus vivencias frecuentemente se ocultan, ya que es un sentimiento considerado vergonzoso que el hombre no quisiera reconocer y

es por eso que lo disfraza. Es algo que no queremos comunicar a nadie y que, con gran desgane, a veces, reconocemos ante nosotros mismos. Son muy pocos quienes podrían confesar abiertamente su sentimiento vergonzoso y declarar: “siento envidia de este fulano por el mismo hecho de su existencia”. Quizá sólo algunos se decidirían a hacerlo, pues se considera menos deshonesto cometer injurias y otros actos bochornosos que reconocer públicamente un sentimiento tan lamentable y humillante. Podemos permitirnos una osadía para describir nuestro odio, indignación, temor o celos, pero nos falta un espíritu franco para reconocernos en nuestra envidia, pues hacerlo significaría darnos cuenta de la mezquindad y la vileza de nuestra alma. Precisamente por eso el envidioso se ve obligado a engañarse a sí mismo y mentir frente a los demás, encubriendo su rencor detrás de una máscara de sentimientos opuestos a los que, en realidad, experimenta. En la profundidad de su alma, el envidioso sabe que calumnia al otro, que su intento de menoscabar las cualidades ajenas no tiene sustento, sabe y sin embargo, se ve obligado a fingir, escamotear la verdad sobre sí mismo.

Hablar sobre la envidia, en cierta forma, es referirse a la “injusticia” de la cual, nos parece, somos víctimas, pero no nos atrevemos a reconocernos en ella por la simple razón de que en realidad no se trata de injusticia, sino de nuestra propia incapacidad o fracaso. La envidia es una parodia mezquina al sentimiento de justicia que el envidioso utiliza para justificar su calumnia. En vez de recriminarse a sí mismo la vileza de sus bajas intenciones, el envidioso proyecta al objeto de la envidia sus sentimientos turbios, se asfixia en presencia de aquellas personas que le eclipsan con sus dones y hazañas. Hablar abiertamente en nuestra envidia significaría reconocernos en la mentira autoconsoladora, detrás de la cual se esconde un deseo injustificado de rebajar los méritos de quienes resultaron más talentosos, más laboriosos o más felices que nosotros.

La emulación o competencia es un atributo presente en muchas actividades sociales. Y tal vez, la imagen más evidente y palpable de la competencia justa sea el deporte. “Lo característico del deporte es su convocatoria ritual a un aquí y un ahora, a una coordinada espacio-temporal previamente acordada e irrevocable... No se trata de ser fuerte y ágil, sino de ser fuerte y ágil aquí, ahora, en esta compañía, contra estas irrepetibles y pautadas circunstancias”.⁵ Pero en la competencia deportiva la envidia no tiene raíces profundas y esto es por muchas causas: en primer lugar, la competencia en el deporte se regula por normas simples, claras y accesibles para todos; en segundo, la objetividad e imparcialidad de los resultados no deja dudas en la superioridad del vencedor sobre sus rivales; en tercero, el título de campeón es relativamente breve y los perdedores pueden abrigar la esperanza de alcanzar la victoria en un futuro. Finalmente, la misma esencia de la competencia deportiva apunta al autodesarrollo de la personalidad, a la demostración de sus cualidades físicas, intelectuales y volitivas.

La vida cotidiana tiene poco que ver con el deporte con sus reglas estrictas y evaluaciones objetivas. En la vida real la riqueza, el éxito y el prestigio no siempre se distribuyen según criterios de logros y méritos. Aquí, frecuentemente tienen lugar circunstancias casuales, suerte, azar, etcétera, que no están sometidas a nuestras intenciones o a la idea de justicia. Cuando vemos que a nuestro vecino o colega le llegó la “buena suerte”, que, según nuestra opinión, supera en mucho a su aportación individual o empeño, involuntariamente nos preguntamos: ¿por qué él y yo no? ¿Qué hizo él para merecer los dones de la suerte que le cayó inesperadamente? El caldo de cultivo para la envidia aparece en aquel momento cuando el curso habitual de la vida resulta infringido y nos parece que sucede una “injusticia metafísica” que nos hace exclamar: ¡Caray! ¡Qué injusticia! Después de lo cual intentamos convencernos que merecemos la mejor suerte, en tanto que nuestro colega o vecino no la merece.

En esencia, el mismo discurso, aunque más refinado y sutil, está en la base del razonamiento del protagonista de la pequeña tragedia de Pushkin *Mozart y Salieri*. Según la versión del poeta ruso, Salieri dedicó cuarenta largos años al servicio de la musa *Euterpe* para “comprobar la armonía por el álgebra”. El espíritu serio y el empeño de un artesano obsesionado por la gloria no impiden, sin embargo, a Salieri comprender que el genio artístico de Mozart supera todos sus logros alcanzados en su larga labor. En un arrebato de la envidia iracunda al “vagabundo ocioso”, Salieri llega a una “verdad terrible” de que la justicia no existe ni en la tierra ni en el cielo. El envidioso quiere corregir esta “injusticia metafísica” y afirmar su propia “justicia”. Y no sólo afirmarla para su propio uso, sino adscribirla como una especie de ley y con ésta juzgar a su compañero de gremio. Además, Salieri pronuncia una sentencia definitiva e inapelable que él mismo pone en ejecución a su rival. En general, al admitir la ausencia de Dios y de la “justicia superior”, este metafísico de la envidia se apura a adjudicarse las prerrogativas divinas: el derecho de decidir la cuestión sobre el “ser o no ser” del otro. Antes de que Salieri pusiera en ejecución su sentencia, en el momento de arrojar el veneno en el vaso de vino de Mozart, éste pronuncia una frase (directamente no vinculada con los planes diabólicos de su



colega, ya que Mozart no sospecha de las intenciones auténticas de su compañero): “genio y maldad son dos cosas incompatibles”. El envidioso comprendió con toda claridad el sentido de estas palabras un poco después, cuando su vil intención se convirtió en realidad. Hubiera sido necesario poner a Salieri frente a frente con su propia maldad para que se diera cuenta de toda la bajeza de sus motivos secretos y, lo que es peor, de la absoluta incompatibilidad de su acto aborrecible con el concepto de genio. Cuando Salieri vio su intención objetivada, entendió qué tipo de pasión guiaba sus reflexiones y quién era en realidad: un mediocre envidioso poseído de una soberbia satánica. “El cielo callado” empezó a hablar. La voz de justicia –remordimiento de conciencia– se despertó. El crimen inspirado por una pasión execrable encontró el castigo en sí mismo.

La vivencia de la envidia suele darse en forma de punzada inesperada en la que se mezclan el odio y el rencor contra el otro y, al mismo tiempo, se vive cierta concientización de nuestra propia impotencia y la vergüenza de experimentarla. Es un sentimiento espasmódico, un tipo de *shock* que durante algún tiempo nos arroja al entumecimiento e interrumpe nuestro aliento. La vivencia de la envidia es un testimonio de admiración involuntaria de las altas cualidades de los otros y, a la vez, del deseo de menoscabarlas o devaluarlas.

En la envidia frecuentemente se da un aislamiento artificial del envidioso hacia el objeto de su resentimiento: éste limita a sus seres cercanos de hablar abiertamente de su rival, no quiere saber nada de él; no desea descubrir las causas objetivas de su éxito. Le es suficiente obtener una información superficial y luego, empezará a desarrollar su “versión”, dar su “explicación” que tiene como fin defender su morbo amor propio a través de la manipulación de los hechos fidedignos acerca del envidiado o por medio de la falsificación del sentido real de éstos.

En la envidia nos aislamos en la cárcel del falso amor propio, cortamos las raíces

profundas que alimentan nuestros reales deseos, esperanzas y sueños. Sin la apropiación de los logros y valores de los otros nos condenaríamos a la pobreza espiritual, destruiríamos lo que podría habernos servido de guía, llevarnos hacia lo alto, despertar nuestra energía. La envidia nace después de ver fracasado nuestro intento de alcanzar el éxito, surge de la conciencia de impotencia imbuida por el rencor. A diferencia de la ambición, la envidia carece de móviles constructivos. Es un fenómeno descendiente ya que no está unido con la emulación.

Desde luego, no nos podemos obligar a amar o admirar a todos los que objetivamente lo merecen. Y sin embargo, podemos y debemos de algún modo comprenderlos, tolerar sus valores y considerar sus méritos. Lo que corroe el alma no es el reconocimiento de la diversidad de cualidades y de la competencia entre los seres humanos, sino la mala fe, el cinismo y el resentimiento con los cuales se lleva a cabo esta lucha que socava la franqueza y la pureza de los corazones humanos. Parafraseando a Goethe, se puede decir que contra los grandes méritos de los otros no existe otro remedio que el reconocimiento y el respeto. ○



- 1 Francesco Alberoni, *Los envidiosos*, Gedisa, México, 1992, p. 64.
- 2 Max Scheler, *El resentimiento en la moral*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1944, p. 28.
- 3 Carlos Gurméndez, *Tratado de las pasiones*, FCE, México, 1986, pp. 73, 79-80.
- 4 Francesco Alberoni, *Op. cit.*, p. 146.
- 5 Fernando Savater, *Diccionario filosófico*, Planeta, México, 1996, p. 104.